

para colocarse al acecho de las reses, anduvo un gran rato de acá para allá examinando las trochas y las veredas vecinas, la disposición de los árboles, los accidentes del terreno, las curvas del río y la profundidad de sus aguas.

Por último, después de terminar este minucioso reconocimiento del lugar en que se encontraba, agazapóse en un ribazo junto a unos chopos de copas elevadas y oscuras, a cuyo pie crecían unas matas de lentisco, altas lo bastante para ocultar a un hombre echado en tierra.

El río, que desde las mugrosas rocas donde tenía su nacimiento venía, siguiendo las sinuosidades del Moncayo, a entrar en la cañada por una vertiente, deslizábase desde allí bañando el pie de los sauces que sombreaban sus orillas, o jugueteando con alegre murmullo entre las piedras rodadas del monte, hasta caer en una hondura próxima al lugar que servía de escondrijo al montero.

Los álamos, cuyas plateadas hojas movía el aire con un remor dulcísimo, los sauces que inclinados sobre la limpia corriente humedecían en ellas las puntas de sus desmayadas ramas, y los apretados carrascales por cuyos troncos subían y se enredaban las madreSelvas y las campanillas azules, formaban un espeso muro de follaje alrededor del remanso del río.

El viento, agitando los frondosos pabellones de verdura que derramaban en torno su flotante sombra, dejaban penetrar a intervalos un furtivo rayo de luz, que brillaba como un relámpago de plata sobre la superficie de las aguas inmóviles y profundas.

Oculto tras los matojos, con el oído atento al más leve rumor y la vista clavada en el punto de donde según sus cálculos debían aparecer las corzas, Garcés esperó inútilmente un gran espacio de tiempo.

Todo permanecía a su alrededor sumido en una profunda calma.

Poco a poco, y bien fuese que el peso de

la noche, que ha habido pasado de la mano, comenzaba a dejarse sentir, bien el leve murmullo del agua, el penetrante aroma de las flores silvestres y las caricias de las brisas comunicaron a sus sentidos el dulce encanto en que parecía estar impregnada la naturaleza toda, el enamorado mozo, que hasta ese punto había estado entretenido revolviendo en su mente las más halagüeñas imaginaciones, comenzó a sentir que sus ideas se boraban con más lentitud y sus pensamientos tomaban formas más leves e indistintas.

Después de mecerse un instante en el vago espacio que media entre la vigilia y el sueño, entornó al fin los ojos, dejó escapar la ballesta de sus manos y se quedó profundamente dormido.

Cosa de dos horas o tres haría ya que el joven montero roncaba a pierna suelta frutando a todo sabor de uno de los sueños más apacibles de su vida, cuando de repente entreabrió los ojos sobresaltado, e incorporándose a medias lleno aún de ese estado del que se vuelve en sí de improviso después de un sueño profundo.

En las ráfagas del aire y confundido con los leves rumores de la noche, percibir un extraño rumor de voces dulces y misteriosas que hablaban entre sí, reían o cantaban cada cual por su parte, y una cosa diferente, formando una masa tan ruidosa y confusa como la que los pájaros que despiertan al primer rayo de luz entre las frondas de una alameda.

Este extraño rumor sólo se dejó de oír un instante, y después todo volvió a quedar en silencio.

— Sin duda soñaba con las matas que nos refirió el zagal —exclamó restregándose los ojos con mucha fuerza, en la firme persuasión de que cuanto creído oír no era más que esa vaga imaginación, como queda en el fondo del ensueño que queda en el fondo de la última cadencia de una melodía después de haber expirado temblando la última nota dominado por la invencible languidez.

Aunque el joven se sentía dispuesto a ver en cuanto le rodeaba algo de sobrenatural y maravilloso, la verdad del caso era que, prescindiendo de la momentánea alucinación que turbó un instante sus sentidos, fingiéndole músicas, rumores y palabras, ni en la forma de las corzas, ni en sus movimientos, ni en los cortos bramidos con que parecían llamarse, había nada con que no debiese estar ya muy familiarizado un cazador práctico en esta clase de expediciones nocturnas.

A medida que desechaba la primera impresión. Garcés comenzó a comprenderlo así, y riéndose interiormente de su credulidad y su miedo, desde aquel instante sólo se ocupó en averiguar, teniendo en cuenta la dirección que seguían, el punto donde se hallaban las corzas.

Hecho el cálculo, cogió la ballesta entre los dientes, y arrastrándose como una culebra por detrás de los lentiscos, fue a situarse obra de unos cuarente pasos más lejos del lugar en que antes se encontraba. Una vez acomodado en su nuevo escondite, esperó el tiempo suficiente para que las corzas estuvieran ya dentro del río. a fin de hacer el tiro más seguro. Apenas empezó a escucharse ese ruido particular que produce el agua que se bate a golpes o se agita con violencia, Garcés comenzó a levantarse poquito a poco y con las mayores precauciones, apoyándose en la tierra primero sobre la punta de los dedos, y después con una de las rodillas.

Ya de pie, y cerciorándose a tientas de que el arma estaba preparada, dio un paso hacia adelante, alargó el cuello por encima de los arbustos para dominar el remanso, y tendió la ballesta; pero en el mismo punto en que, a par de la ballesta, tendió la vista buscando el objeto que había de herir, se escapó de sus labios un imperceptible e involuntario grito de asombro.

La luna, que había ido remontándose con lentitud por el ancho horizonte, estaba inmóvil y como suspendida en la mitad del cielo. Su dulce claridad inundaba el soto,

abrillantaba la intranquila superficie del río y hacía ver los objetos como a través de una gasa azul.

Las corzas habían desaparecido.

En su lugar, lleno de estupor y casi de miedo, vio Garcés un grupo de bellísimas mujeres, de las cuales unas entraban en el agua jugueteando, mientras las otras acababan de despojarse de las ligeras túnicas que aún ocultaban a la codiciosa vista el tesoro de sus formas.

En esos ligeros y vortados sueños de la mañana, ricos en imágenes risueñas y voluptuosas, sueños diáfanos y celestes como la luz que entonces comienza a transparentarse a través de las blancas cortinas del lecho, no ha habido nunca imaginación de veinte años que bosquejase con los colores de la fantasía una escena semejante a la que se ofrecía en aquel punto a los ojos del atónito Garcés.

Despojada ya de sus túnicas y sus velos de mil colores, que destacaban sobre el fondo suspendido de los árboles o arrojados con descuido sobre la alfombra del césped, las muchachas discurrían a su placer por el soto, formando grupos pintorescos, y entraban y salían en el agua, haciéndola saltar en chispas luminosas sobre las flores de la margen como una menuda lluvia de rocío.

Aquí una de ellas blancas como el vellón de un cordero, sacaba su cabeza rubia entre las verdes y flotantes hojas de una planta acuática, de la cual parecía una flor a medio abrir cuyo flexible tallo más bien se adivinaba que se veía temblar debajo de los infinitos círculos de luz de las ondas.

Otra allá, con el cabello suelto sobre los hombros, mecíase suspendida de la rama de un sauce sobre la corriente del río, y sus pequeños pies, color de rosa, hacían una raya de plata al pasar rozando la tersa superficie. En tanto que éstas permanecían recostadas aún al borde del agua con los ojos azules adormidos, aspirando con voluptuosidad el perfume de las flores y estremeciéndose ligeramente al contacto de la fresca brisa, aquéllas danzaban en vertiginosa

ronda, entrelazando caprichosamente sus manos, dejando caer atrás la cabeza como delicioso abandono, e hiriendo el suelo con el pie en alternada cadencia.

Era imposible, abarcar con una mirada los infinitos detalles del cuadro que formaban, unas corriendo, jugando y persiguiéndose con alegres risas por entre el laberinto de los árboles; otras surcando el agua como un cisne y rompiendo la corriente con el levantado seno; otras, en fin, sumergiéndose en el fondo, donde permanecían largo rato para volver a la superficie, trayendo una a una esas flores extrañas que nacen escondidas en el lecho de las aguas profundas.

La mirada del atónito montero vagó absorta de un lado a otro, sin saber cómo fijarse, hasta que, sentado bajo un pabellón de verdura que parecía servirle de dosel, rodeado de un grupo de mujeres todas ellas más bellas, que la ayudaban a despojarse de sus ligerísimas vestiduras; creyó ver en el objeto de sus ocultas adoraciones: la hija noble don Dionís, la incomparable Constanza.

Marchando de sorpresa en sorpresa, el enamorado joven no se atrevía ya a creer crédito ni al testimonio de sus sentidos, creíase bajo la influencia de un sueño fatigador y engañoso.

No obstante, pugnaba en vano por persuadirse de que todo cuanto veía era efecto del desarreglo de su imaginación, porque mientras más la miraba y más se convencía de que no era un sueño, más mujer era Constanza.

No podía haber duda, no; suyos eran aquellos ojos oscuros y sombreados como de los celos le mordía el corazón, y sus pestañas, que apenas bastaban a cubrir la luz de sus pupilas; suyas eran aquella rubia y abundante cabellera que, al intentar de coronar su frente, se derramaba sobre su blanco seno y sus redondas espaldas como una cascada de oro; suyos, en fin, eran aquel cuello airoso, que sostenía su hermosa cabeza, ligeramente inclinada como una flor que se rinde al peso de las gotas de rocío, y aquellas voluptuosas formas que había soñado tal vez, y aquellas

cual salvando de un salto los matorrales, cual ganando a todo correr la trocha del monte.

— ¡Oh!, bien dije yo que todas estas cosas no eran más que fantasmagorías del diablo —exclamó entonces el montero—; pero por fortuna esta vez ha andado un poco torpe dejándome entre las manos la mejor presa.

Y, en efecto era así; la corza blanca, deseando escapar por el soto, se había lanzado entre el laberinto de sus árboles y enredándose en una red de madreselvas, pugnaba en vano por desasirse. Garcés le encaró la ballesta; pero en el mismo punto en que iba a herirla, la corza se volvió hacia el montero, y con voz clara y aguda detuvo su acción con un grito, diciéndole:

— Garcés, ¿qué haces?

El joven vaciló, y después de un instante de duda, dejó caer al suelo el arma, espantado a la sola idea de haber podido herir a su amante. Una sonora y estridente carcajada vino a sacarle al fin de su estupor; la corza blanca había aprovechado aquellos, cortos instantes para acabarse de desenredar y huir ligera como un relámpago, riéndose de la burla hecha al montero.

— ¡Ah!, condenado engendro, de Satanás —dijo éste con voz espantosa, recogiendo la ballesta con una rapidez indecible—; pronta has cantado victoria, pronto te has creído fuera de mi alcance—; y esto diciendo, dejó volar la saeta que partió silbando y fue a perderse en la oscuridad del soto, en el fondo del cual sonó al mismo tiempo un grito, al que siguieron después unos gemidos.

— ¡Dios mío! —exclamó al percibir aquellos lamentos angustiosos—. ¡Dios mío, si será verdad! — Y fuera de sí, como loco, sin darse cuenta apenas de lo que le pasaba, corrió en la dirección en que había disparado la saeta, que era la misma en que sonaban los gemidos. Llegó por fin; pero al llegar, sus cabellos se erizaron de horror, las palabras se anudaron en su garganta, y tuvo que agarrarse al tronco de un árbol para no caer a tierra.

Constanza, herida por su mano, expiraba allí a su vista revolcándose en su propia sangre, entre las agudas zarzas del monte.

FIN.

El Realismo. -

El Realismo es un movimiento literario y artístico que inicia en el siglo XIX y que según muchos críticos es lo contrario al romanticismo. El realismo trajo a la literatura obras medidas y pulidas y huyó de la improvisación, exigió la observación y la conciencia de cuanto se realizaba.

El Realismo se inició en Francia por Flaubert; su figura más próxima fue Honorato de Balzac, quien al igual que sus correligionarios: Dickens en Inglaterra y Pérez Galdós en España, quisieron hacer un esbozo panorámico que surgió a raíz de la Revolución Francesa. El fenómeno realista se nos presenta con la aparición de un gran número de escritores unidos con una misma misión literaria. La ciencia, que entonces aparecía también con un afán de objetividad y claridad, adoptando ya el método experimental para el conocimiento de la naturaleza, influyó determinantemente en los escritores de la época. Podemos afirmar que la ciencia colabora en forma determinante con la literatura, pues se adopta un método científico ya que todo es llevado a observación y a la experimentación, de todo se toma nota y se fotografía. Las fuentes, la investigación y los hechos comprobados son parte de la técnica que utiliza el autor realista.

Los escritores de este tiempo se mostraron muy interesados por los descubrimientos científicos, por las exploraciones geográficas, por los inventos y los avances de la tecnología en general. El realismo, nace así con una tendencia hacia la expresión directa de lo real, por lo cual se aparta de la novela mágica, histórica-medieval.

La corriente realista pintó a los hombres y las cosas como son, no como pudieron ser o debieron ser; el autor realista en vez de buscar temas exóticos, examinaba el mundo que lo rodea;

ba; dió igual importancia a la fealdad que a la belleza, el realismo rechaza a los protagonistas eróticos del romanticismo, el escritor realista escogía los seres más interesantes de la clase media, creando tipos con rasgos característicos: el bondadoso, el tacaño, el chismoso, el ingenuo, el dichoso, etc. El protagonista realista raras veces tiene complejidad psicológica; casi nunca evoluciona dentro de la obra y toda su actuación refuerza el tipo que el autor quiere presentar, de manera que el conflicto no se libra dentro del personaje, sino entre dos personajes o más, que representan distintos sectores de la población.

El realismo se inicia en Hispanoamérica a mediados del siglo XIX. Cuentistas hispanoamericanos considerados como representantes de este movimiento son: José López Portillo y Rojas, Tomás Carrasquilla, Manuel González Celedón. Este movimiento despertó temas netamente americanos. Con el objeto de que compruebes algunas características del realismo, a continuación se te incluyen algunas obras y datos biográficos de escritores que pertenecieron a esta corriente literaria.

Enrique Ibsen. (1828-1906)

Famoso dramaturgo noruego, nació en Skein, pequeña villa situada al sur de Noruega. Su niñez la vivió en abundancia económica, pero de joven tuvo que mudarse a una modesta granja. Fue tímido, introvertido y solitario, gustaba poco de juegos y deportes, su afición era el dibujo. En 1842 Ibsen ingresó a un colegio religioso, después trabajó como aprendiz en una farmacia e ingresó a la Universidad para estudiar medicina.

Su drama Catalina fue rechazado en varios teatros. Trabajó con pobres como director del Teatro Noruego de Cristianía. -

Contrajo matrimonio con Susana Daae Thorensen, mujer de talento que ejerció influencia en su vida y su obra. Ibsen fue famoso dentro y fuera de su patria, vivió en Roma, en Munich y regresó después a Cristianía. Ibsen es el fundador del teatro psicológico, sus obras triunfaron en Europa y América; asombran su fuerza creadora, la expresión de las pasiones, la maestría de la técnica, la inventiva, la grandeza de los temas.

Este dramaturgo escribe obras románticas y realistas. Famoso y admirado en Cristianía, lleva una vida, austera y ordenada, se aleja de las actividades sociales. Su vida íntima, fue tranquila y sin problemas. En 1901 tuvo ataques de apoplejía, su actividad se redujo hasta quedar completamente parálítico y después morir.

El mérito de este autor fue haber convertido el teatro en una lucha de ideas, utiliza la propia realidad como un símbolo como un medio de expresión de las ideas.

Algunas de sus obras fueron: Casa de Muñecas, Espectros, Un Enemigo del Pueblo, Peer Gynt, El Pato Silvestre, La Dama del Mar, etc.

"Casa de Muñecas" es una de las mejores obras de este autor y se te ofrece a continuación para que en ella localices los elementos propios del realismo, ya que es una obra clásica de este movimiento.

## CASA DE MUÑECAS

DRAMA EN TRES ACTOS

### PERSONAJES

HELMER, abogado.  
 NORA, su mujer.  
 EL DOCTOR RANK.  
 CRISTINA LINDE.  
 KROGSTAD, procurador.  
 IVAR  
 BOB  
 EMMY  
 hijos de Helmer.  
 ANA MARÍA, niñera.  
 ELENA, criada.  
 MANDADERO.

La acción se desarrolla en casa de Helmer, en Noruega.

En la traducción del título de este drama, han opinado de diverso modo los muchos traductores de Ibsen. En inglés tiene tres títulos: *Nora*, en la traducción Henrietta Frances (Londres, 1882); *The Doll's House*, en la misma traducción publicada en New York, en 1891, y *A Doll's House*, en la traducción de Archer, Londres, 1889. En francés, la han titulado *Maison de poupée*, el conde Prozor, y *Une maison de poupée*, Alberto Savine. En italiano la titulan *Casa della bambola*, Alfredo Mayza (1884), y *Casa di bambola*, L. Capuana (1895). En portugués, *Casa da boneca* (traducción Costa, Lisboa, 1894). En Rusia, los traductores han preferido titularla con el nombre de la protagonista, *Nora*, igual que el traductor servio Milan Sevic (Belgrado, 1891). Los traductores alemanes la han titulado unos *Nora* y otros *Ein Puppenheim*. La primera edición, con el título *Et Dukkehjem*, se publicó en Copenhague en 1879, y la obra, que se estrenó en el teatro de Cristianía el 20 de enero de 1880, ha recorrido en triunfo todos los escenarios del mundo.

Nora ha vivido ante los públicos de todo el mundo, encarnada en las grandes trágicas de todas las naciones. En España, fue Carmen Cobeña la encargada de dar a conocer esta obra genial, aunque no con la amplitud que la ideó Ibsen. El drama *Casa de muñeca* que conoció por ella el público español, es un drama en que un traductor poco decidido no se atrevió a dar íntegra la obra de arte y se permitió nada menos que modificar el final.

Posteriormente, Catalina Bárcena dio a conocer la obra completa y según el original en una traducción de Martínez Sierra.

En el estudio *Ibsen, su vida y sus obras*, que prepara el autor de estas traducciones, se estudia ampliamente este asunto.